

ALEMANIA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA*

JAVIER GARCADIIEGO

CERCANÍA Y DISTANCIAMIENTO

EN CIERTO SENTIDO, las historias de Alemania y México tienen más paralelismos y convergencias que los generalmente aceptados. Si Alemania llegó a ser un país moderno a mediados del siglo XIX, México lo hizo algunas décadas después. Asimismo, ambos se cohesionaron y consolidaron a partir de triunfos militares sobre Francia. En consecuencia, circunstancias externas y afinidades sinceras hicieron que las relaciones entre estos dos países fueran muy cordiales, salvo en momentos determinados, durante casi un siglo.

En efecto, por su mutua enemistad con Francia y por su pretensión de adquirir zonas de influencia en otros continentes, sobre todo a costa de desplazar a las potencias europeas, Prusia se apresuró a reconocer al gobierno republicano de Benito Juárez. El establecimiento de relaciones no fue meramente formal: a diferencia de los representantes de Estados Unidos e Italia, designados pero sin residencia en México, el representante de la Confederación de la Alemania del Norte desempeñó normalmente sus actividades durante los años de la República Restaurada. Acaso debiera decirse febrilmente, pues aprovechó el aislamiento de México para acrecentar sus relaciones con éste.¹

Comprensiblemente, la amistad entre México y Alemania, a pesar de sus limitaciones innatas, fue mal vista por los otros países europeos. En virtud de que Asia y África estaban ya considerablemente dominadas por los primeros países imperialistas modernos, Inglaterra y Francia, la única oportunidad que tenía Alemania de obtener posesiones co-

* Este artículo y los tres siguientes se presentaron en la "Conferencia sobre Alemania y México: la identificación de un interlocutor", que se llevó a cabo los días 2 y 3 de diciembre de 1991 en El Colegio de México. Fue organizada por el Centro de Estudios Internacionales y el Centro de Estudios Económicos de El Colegio de México y auspiciada por la Fundación Konrad Adenauer.

¹ Patricia Galeana, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, México, Senado de la República, 1990, vol. III, pp. 227 y 230.

loniales estaba en América.² Sin embargo, este continente estaba formado por naciones plenamente constituidas, y puesto que México habría de sufrir, de manera indefectible, una enorme influencia de su poderoso vecino, Alemania decidió limitarse preferentemente a fomentar relaciones económicas con Sudamérica. Así, la principal característica de la relación entre México y Alemania a finales del siglo pasado y principios del presente fue su secundaria importancia económica.

En rigor, la influencia económica alemana en el México del siglo XIX fue muy irregular. Débil durante la primera mitad, alcanzó su auge durante la República Restaurada. Posteriormente sufrió un estancamiento, como consecuencia de la preferencia de Porfirio Díaz por Inglaterra y Francia desde mediados de los años ochenta, luego de reanudadas las relaciones diplomáticas. Si bien es cierta una tendencia ascendente a partir de que Alemania instituyó una ruta marítima constante y después de que cambiara el rubro del comercio textil por el de bebidas alcohólicas y tecnología —recuérdense la cerveza y la Casa Boker—, también es cierto que fracasaron sus principales pretensiones financieras. En resumen, a pesar de la varianza en las cifras estadísticas, tal parece que 6% de la inversión extranjera en 1910 era alemana, que 13% de las importaciones provenía de allá, y que sólo 3% de las exportaciones mexicanas iba a Alemania.³

Además de secundaria, su influencia económica en México no fue conflictiva: no competía con la norteamericana ni con la inglesa, concentradas en rubros distintos (ferrocarriles y petróleo principalmente). Su mayor competidor era Francia, involucrada también en los bonos de la deuda pública mexicana. Asimismo, compitió con Francia en el estratégico renglón militar, donde el resultado le fue negativo: aunque Bernardo Reyes prefiriera una educación castrense de tipo alemán y adquirir material bélico germano, su salida del gabinete y el apoyo presidencial y del secretario de Hacienda al influyente general Manuel Mondragón dieron lugar a que se favoreciera la importación de material fabricado por compañías francesas.⁴ En todo caso, aunque el conflicto respecto a lo militar fue con Francia y no con Estados Unidos, a éste le preocupaba enormemente cualquier profesionalización del ejército mexicano. Por otra parte, Alemania no quiso competir ni con

² Roberta Lajous, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, op. cit., vol. IV.

³ Consúltense las secciones pertinentes de los volúmenes dedicados a la vida económica en la conocida obra dirigida por Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, México, Hermes, 1955.

⁴ Para las relaciones de Reyes con Alemania, véase Víctor Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del estado de Nuevo León, 1966.

Estados Unidos ni con Inglaterra por el petróleo mexicano, pues en caso de conflicto bélico resultaría totalmente vulnerable por provenir de la costa atlántica.

Puesto que el factor económico no era fundamental ni conflictivo, no definió la naturaleza de las relaciones políticas entre ambos países. Éstas fueron determinadas por ser México un país sumamente estratégico a nivel mundial, al ser vecino de Estados Unidos, poder ascendente en aquel entonces.⁵ Las oportunidades, disyuntivas y riesgos eran obvios: presionar a Estados Unidos mediante un apoyo decidido a México podría provocar el enojo de aquel país, y resultaba fácil imaginarse lo que haría en caso de que se pretendiera alterar la orientación y el peso de México en el concierto internacional de naciones, por las obvias consecuencias que tendría en la economía y en la política norteamericanas.

En resumen, Alemania tenía mucho que perder y poco que ganar si intentaba aumentar su influencia en México. Como sus relaciones con las potencias europeas eran en extremo competitivas o tirantes, Alemania no podía permitirse provocar un conflicto con Estados Unidos a causa de México. Lo óptimo sería que fuera México directamente quien tuviera problemas con Estados Unidos. En ese caso sería ideal que México fuera un país más fuerte, aunque no convenía que un tercer país —Inglaterra o Francia— fuera el que más colaborara en el fortalecimiento de México, a menos que ello llevara a dicho país a enfrentarse con Estados Unidos. El estallido de la Revolución Mexicana y de la Primera Guerra Mundial obligaron a Alemania a perseguir estos objetivos con mayor urgencia y audacia.

AMIGOS DEL CIVILISTA DEMOCRÁTICO

Desde un primer momento los representantes del gobierno alemán fueron partidarios del derrocamiento de Díaz por Madero. Lo mismo puede decirse de algunos alemanes residentes en México.⁶ Eran pocos los riesgos y buenas las expectativas: no destruiría el sistema porfiriano, sino que lo perfeccionaría, con menos corrupción y sin tantos obstáculos al desarrollo y participación de las clases medias; sobre todo, con seguridad el nuevo régimen dejaría de preferir a Francia o a Ingla-

⁵ En éste y en otros puntos sigo la interpretación de Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico*, Chicago, The University of Chicago Press, 1981.

⁶ Un ejemplo podría ser Eugen Knapp, director del Colegio Alemán de Chihuahua e instructor de los vástagos de algunas familias alemanas de la localidad. Véase *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana*, vol. V, docs. 39 y 40 (en adelante DHRM).

terra, países muy admirados por el influyente grupo de "los científicos". Además, el apoyo alemán a Madero satisfaría a Estados Unidos, con quien se deseaba mantener una buena relación, aunque lo ideal sería que la nueva situación diera lugar a cierta yanquifobia entre el gobierno y el pueblo de México, con lo que Alemania resultaría la más beneficiada con el cambio de gobierno.⁷ En términos más concretos, Alemania apoyó la caída de Díaz por los beneficios que seguramente traería la buena relación entre la familia Madero y el *Deutsch-Südamerikanische Bank*, el cual incluso fue acusado de haber respaldado un envío de armas alemanas para el movimiento maderista. En todo caso, eran tan reducidas las inversiones alemanas en el país, que era poco probable que fueran afectadas por la violencia.⁸

¿Cuál fue la actitud de Alemania hacia el gobierno de Madero? ¿Cuál fue su postura hacia las imbricaciones internacionales del arribo de Madero al poder? Indiscutiblemente, el primer objetivo del representante alemán fue evitar cualquier enfrentamiento con Estados Unidos. Sin embargo, no podía ser demasiado complaciente —cuando menos no de manera explícita— con los deseos de este país respecto a México, pues forzaría al gobierno de Madero a matizar o revertir sus simpatías por Alemania y se devaluaría el prestigio alemán entre los demás países latinoamericanos. Tenía que dar la apariencia de mantenerse independiente de Estados Unidos. Por otra parte, era igualmente importante impedir que este país recibiera excesivas concesiones por su apoyo a la lucha maderista, encargo que, en caso de ser necesario, debía hacerse con suma prudencia.

En un principio cundió la esperanza de que los bancos alemanes cercanos a Madero aumentaran su influencia, así como que se influyera en la predecible reforma del ejército mexicano, logrando que Alemania se responsabilizara de la instrucción militar y de la venta de armas y pertrechos. En caso de que esto fuera aceptado por el gobierno de Madero, la participación alemana tendría que ser indirecta, vía Chile, para no provocar la ira de Estados Unidos, prevención innecesaria pues el derrocamiento de Madero abortó el proyecto. Las expectativas alemanas tenían cierto fundamento. Como antes Díaz, Madero

⁷ Puede detectarse cierto tono antiyanqui en las noticias publicadas en Alemania sobre el alzamiento maderista. Algunos ejemplos en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, LE 617, ff. 392-427 (en adelante AHSRE, LE). Para los testimonios periodísticos alemanes sobre la primera fase de la Revolución Mexicana, véanse los varios estudios de Jesús Monjarás-Ruiz.

⁸ Cuando más, hubo alguna alarma entre los comerciantes de Hamburgo, que temporalmente suspendieron el envío de sus productos a México; véase AHSRE, LE 617, ff. 409-411.

tenía que buscar un contrapeso a Estados Unidos, a pesar del apoyo recibido, e incluso por ello con mayor urgencia. Puesto que Inglaterra y Francia no eran aceptables por su cercanía a “los científicos”, Madero vio en Alemania su más viable candidato para oponer algún contrapeso al poderoso vecino, lo que explica las distinciones y gentilezas que tuvo con ella. Acaso el mejor ejemplo sea el de la fábrica textil La Covadonga, asaltada por revolucionarios en julio de 1911 y donde murieron cuatro alemanes en el combate. En efecto, con tal de complacer los reclamos formulados por el representante alemán, almirante Paul von Hintze, Madero entró en conflicto con las autoridades poblanas y con los veteranos de la Revolución en la entidad.⁹ Alemania se mostró interesada —y agradecida— en cuanto a los beneficios económicos resultantes; sin embargo, atinadamente rechazó todo aquello que pudiera enturbiar su relación con Estados Unidos.

Es obvio que la visión que se tuvo en Alemania del gobierno de Madero fue de desilusión creciente. A pesar de que al principio se creyó que triunfaría como gobernante, pues no habría de modificar el sistema político precedente, la realidad fue distinta: lo modificó al grado que durante su periodo se rompieron casi todos los vínculos de control y dominio tan cuidadosamente construidos por Díaz. La generalizada movilización social y agitación política —anarquía para los no simpatizantes— de 1912 fue constante motivo de preocupación en Alemania. Al caso de La Covadonga habría que agregar la rebelión orozquista, que provocó la suspensión temporal de los negocios en México de los comerciantes de Hamburgo y Nuremberg.¹⁰ Es más, poco después, en octubre de 1912, Von Hintze armó a la reducida colonia de alemanes en México (poco más de dos mil), y logró que se enviara un barco alemán a puertos mexicanos, más como recurso político simbólico que para la protección de dicha colonia.¹¹ Para entonces Von Hintze ya repudiaba totalmente la política maderista, al tiempo que, por su profesión, tenía buena relación con los caudillos del ejército federal. Reco-

⁹ El representante alemán alegó que las autoridades locales eran cómplices de Benigno Zenteno, pues éste y sus seguidores pudieron fugarse después de ser aprehendidos. Von Hintze demandó una fuerte compensación económica, y como Madero la pagó rápidamente, dio lugar a que en los círculos diplomáticos se afirmara que Alemania era el país mejor tratado por él. Las secuelas internacionales del caso de La Covadonga han sido muy bien tratadas en David La France, *The Mexican Revolution in Puebla, 1908-1913*, Delaware, SR Books, 1989, pp. 194-199. Véase también DHRM, vol. VII, docs. 684-685.

¹⁰ AHSRE, LE 823, exp. 10, f. 1.

¹¹ Véase el libro de Brígida von Mentz *et al.*, *Los pioneros del imperialismo alemán en México*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1982.

noía que quienes habían tratado antes de derrocar a Madero habían carecido de la capacidad necesaria, pero era claro que apoyaría un golpe de Estado oportuno, sobre todo si era encabezado por Victoriano Huerta, en quien había descubierto desde hacía unos meses la fuerza y las virtudes adecuadas para imponer el orden en el país.

AMIGOS DEL MILITARISTA DICTADOR

Los esperados sucesos sobrevinieron a principios de 1913. En lo que se refiere a Alemania, puede decirse que al principio de la Decena Trágica —acaso hasta la mitad— fue puntual seguidora de Estados Unidos, pues coincidían en que Madero debía renunciar.¹² Sin embargo, el candidato de Estados Unidos para sucederlo era Félix Díaz, a quien no aceptaba Von Hintze, pues lo consideraba un personaje incompetente y abiertamente partidario de Estados Unidos.¹³ Además de respecto al sucesor, tampoco coincidieron en cuanto a los procedimientos. Henry Lane Wilson era mucho más agresivo: al pedir a Madero su renuncia lo amenazó con una intervención militar para proteger las vidas e intereses de la colonia norteamericana en México. En cambio, como la colonia alemana en México era tan reducida, resultaba impensable una acción similar en su ayuda. Para colmo, una operación militar autónoma sería impedida por Estados Unidos; una operación conjunta con este país sería militarmente innecesaria y muy poco atinada en términos políticos. Alemania tenía que mantener la imagen de independencia y tenía que continuar su colaboración con Estados Unidos hasta donde fuera posible y sensato.

No era sólo cuestión de países con diferentes intereses y objetivos en México. De resultar Félix Díaz el nuevo gobernante, no sólo favorecería abiertamente a Estados Unidos sino que Von Hintze pondría en peligro su carrera profesional, pues significaría que Henry Lane Wilson se había aprovechado de él a pesar de las advertencias de su cancillería. En vista de tal riesgo, Von Hintze tuvo que idear un esquema político pretendidamente astuto: lograr que Huerta fuera nombrado gobernador del Distrito Federal, lo que satisfaría sus ambiciones y haría más fácil derrotar a los rebeldes de La Ciudadela. El resultado sería doble: Félix Díaz y Henry Lane Wilson —léase Estados Uni-

¹² DHRM, vol. IX, doc. 1144.

¹³ Félix Díaz ha sido biografiado hagiográficamente por Luis Liceaga; una reciente monografía equilibrada fue escrita por Peter Henderson. Dos archivos de Félix Díaz se encuentran en el Centro de Estudios de Historia de México, Condumex.

dos— serían derrotados, y quedarían en el poder Huerta, agradecido con Alemania, y hasta Madero, al menos por un tiempo, quien lógicamente tendería a incrementar sus favores con Alemania al tiempo que reduciría los que había concedido a Estados Unidos, culpable de haber apoyado el intento de derrocamiento.

Tal parece que, salvo Madero, todos los involucrados rebosaban astucia. Henry Lane Wilson calibró la situación militar de la ciudad de México y diseñó un plan basado en la mancuerna compuesta por Huerta y Félix Díaz. Puesto que el primero era ya imprescindible y el segundo su candidato, Wilson trató de que Huerta tuviera el poder temporalmente, pero que luego lo cediera a Díaz. A su vez, Huerta prefirió, comprensiblemente, la presidencia interina con apoyo norteamericano a la gubernatura capitalina con apoyo alemán. Además, Huerta sabía que en cosa de un mes habría en Estados Unidos nuevo presidente, del partido contrario, lo que hacía previsible un pronto cambio de embajador. Así, no podrían obligarlo a transferir el poder a Félix Díaz. Los acontecimientos siguieron este pronóstico. Ya en el poder pero sin el respaldo norteamericano, Huerta buscó y obtuvo el apoyo europeo, tanto de Inglaterra como de Alemania. En este sentido, el resultado final fue el deseado por Von Hintze: la alianza México-germana.¹⁴

Al igual que su gobierno, los empresarios alemanes apoyaron la llegada de Huerta al poder. Es más, algunas compañías armeras y navieras suministraron material bélico a Huerta, sobre todo desde finales de 1913, cuando éste ya no pudo adquirirlo en Estados Unidos por su mala relación con el gobierno norteamericano y por el control militar que los carrancistas lograron sobre la franja fronteriza. Asimismo, algunos bancos alemanes concedieron empréstitos a Huerta,¹⁵ si bien —a diferencia de las casas armeras y navieras, que permanecieron leales al usurpador hasta el final— le redujeron su apoyo cuando dispuso, a principios de 1914, que las diversas aduanas que aún controlaba dejaran de usarse para pagar la deuda externa. Obviamente, esto no implicó que los banqueros alemanes apoyaran desde entonces a los carrancistas, pues el triunfo de éstos supondría el no reconocimiento de las deudas adquiridas por Huerta. Lo que les convenía, y en tal sen-

¹⁴ La prensa alemana fue favorable a Huerta tan pronto éste tomó el poder. Véase AHSRE, LE 777, exp. 4, f. 1.

¹⁵ Hacia octubre de 1913 el gobierno de Huerta contrató en Alemania la adquisición de 40 millones de cartuchos Mauser, la mitad de los cuales sería suministrada por la Fábrica Nacional de Armas de Herstal. Cf., *ibid.*, LE 759, exp. 10, f. 3. Respecto al apoyo financiero, véase DHRM, vol. XX, doc. 6.

tido presionaron, era que Huerta asumiera el mando de la campaña militar y que el poder político quedara en un gobierno que heredara y asumiera sus compromisos, esto es, sus deudas. Los alemanes tenedores de bonos de la deuda pública mexicana no tenían el problema de que se pudiera desconocer el adeudo con ellos. Así, se reducían a desear que en México hubiera un gobierno estable, sólido, cualquiera que fuera su bandera e ideología.

El gobierno alemán, presionado por todos estos intereses económicos, apoyó desde un principio a Huerta. Fue determinante, además, la razón estratégica de ser amigo, para cualquier eventualidad, del país vecino de Estados Unidos. Por los inminentes conflictos con Francia, Inglaterra o Rusia, decidió evitar de momento cualquier desavenencia con Estados Unidos. Esto no implicaba ser obsecuente con todas las políticas norteamericanas en México. Por ejemplo, el gobierno alemán no extendió inmediatamente su reconocimiento al de Huerta, como lo solicitó Henry Lane Wilson, sino hasta mediados de mayo, luego de comprobar que Huerta no era un títere del gobierno de Washington. De hecho, lo reconoció después de llegado Woodrow Wilson a la presidencia, cuando fue ostensible su distanciamiento del gobierno mexicano, pero también, astutamente, después de que Inglaterra lo hubiera reconocido, para no acaparar el enojo norteamericano. La tardanza en el reconocimiento buscaba también presionar un poco a Huerta para que aceptara pagar las indemnizaciones por todos los daños sufridos durante la lucha y el gobierno maderistas. Por otra parte, el reconocimiento no debía posponerse demasiado, pues garantizaba mejor protección a los intereses alemanes por parte de uno de los contendientes, los huertistas, los que Alemania creía que resultarían triunfadores.¹⁶

A pesar de sus precauciones y astucia, a partir de entonces surgieron algunos problemas con Estados Unidos. Por ejemplo, el representante alemán participó en una presión colectiva europea al gobierno de Washington para que reconociera al de Huerta, mientras que por otro lado alentaba la yanquifobia del usurpador mexicano.¹⁷ Como res-

¹⁶ El fondo Periodo Revolucionario del Archivo de la Secretaría de Gobernación (en adelante ASG, PR) conserva numerosas solicitudes de protección a vidas e intereses alemanes elevadas por la legación durante 1913. Algunos ejemplos en caja 11, exps. 33, 40-44; c. 12, exps. 2, 11; c. 15, exps. 2-3; c. 16, exp. 18; c. 17, exps. 13, 26-30; c. 28, exps. 9 y 10, 12; c. 39, exps. 12, 23, 28, 38, 40; c. 41, exps. 2, 21, 34; c. 50, exps. 11, 31; c. 73, exp. 9; c. 83, exps. 10, 17, 38.

¹⁷ Katz advierte que el autor de estos errores no fue el habilísimo Von Hintze, retirado temporalmente por enfermedad, sino su sucesor temporal, un diplomático torpe llamado Rudolf von Kardoff.

puesta obtuvo un doble reclamo estadounidense, así como órdenes desde Berlín de evitar cualquier conflicto con Estados Unidos; de ser necesario, tendría que apoyar el esquema de Washington para sustituir a Huerta por un miembro de su grupo, como podría serlo Federico Gamboa. Esta alternativa era conveniente para Alemania, pues conservaría el favor del gobierno oficial mexicano, se mantendría el sistema porfirista, se evitaría una intervención de Estados Unidos, país que le quedaría agradecido por su apoyo al sustituto, y los carrancistas, molestos con Alemania por su apoyo a la contrarrevolución, no tomarían el poder. El escenario era demasiado bueno para ser verosímil.

La disolución del congreso y las espurias elecciones de octubre de 1913 obligaron a redefinir las posturas políticas de todos. El que desapareciera cualquier posibilidad de que Huerta traspasara el poder a algún colaborador no impidió que Alemania siguiera apoyándolo. Por su parte, Estados Unidos decidió hacer todo lo posible para que Huerta dejara el puesto y comenzó a considerar como abiertamente contrario a sus intereses cualquier apoyo al usurpador. Más que en obtener las concesiones ofrecidas por éste a cambio de apoyo, Alemania estaba interesada en conservar una buena relación con Estados Unidos y, de ser posible, en intrigar hasta enfrentar a ese país con Inglaterra, aprovechando que ésta sí estaba dispuesta a apoyar totalmente a Huerta a cambio de buenas concesiones económicas. Para desgracia de Alemania, Inglaterra pronto cambió de actitud.

En situaciones críticas, como la de finales de 1913, suelen hacerse maniobras políticas descabelladas. Por ejemplo, ya en obvio y abrupto declive, Huerta pidió a Von Hintze que mediara entre él y Estados Unidos, a lo que el representante alemán contestó que lo haría a título personal y sólo si pudiera ofrecer su renuncia y la elevación a la presidencia de Joaquín Maas, cuñado de Huerta y abierto germanófilo. Sin embargo, el usurpador no aceptó, pues creía poder permanecer en el puesto en tanto conservara el apoyo inglés. Para colmo, Estados Unidos no prestó mucha atención a la propuesta de Maas como sucesor y simplemente se limitó a pedir a Alemania que dejara de apoyar a Huerta.

Von Hintze contestó con evasivas. Si no podía salvar a Huerta, tampoco debía entrar en pugna con Estados Unidos, especialmente ante los crecientes conflictos en Europa. Ahora lo ideal sería provocar un ahondamiento de las diferencias sobre México entre Estados Unidos e Inglaterra. Preocupadas ante los inminentes conflictos en Europa —la guerra estaba a unos meses—, Inglaterra y Francia cedieron sus aspiraciones e intereses en México hacia febrero y marzo de 1914, con tal de complacer a los norteamericanos. Alemania se quedó sola apoyando a Huerta. Su debacle diplomática en México comenzó a media-

dos de 1914, cuando buques alemanes intentaron suministrar una fuerte cantidad de armas a Huerta.¹⁸

En rigor, éstas habían sido compradas en Francia, Inglaterra, Suiza y Estados Unidos con dinero facilitado por bancos ingleses y franceses, pero se contrató a la más poderosa compañía naviera alemana —la Hapag— para transportar dichas armas a México. Alemania quedó frente a una seria disyuntiva: abandonar a Huerta y a sus propios intereses navieros, o enfrentarse a Estados Unidos. Intentó quedar bien con ambos: a solicitud de los norteamericanos acordó no descargar las armas en Veracruz; sin embargo, bajo presión de los intereses mencionados permitió que se desembarcaran en Puerto México, que, aunque distante, era todavía plaza huertista. En caso de que Estados Unidos protestara —lo hizo menos de lo esperado—, el gobierno alemán endosaría la responsabilidad a la compañía naviera.¹⁹

Lo moderado de la reacción norteamericana fue consecuencia de que Alemania y Estados Unidos aún mantenían buenas relaciones diplomáticas²⁰ y de la actitud asumida por Alemania inmediatamente después del problema de las armas. Ante la abierta, sistemática y radical oposición norteamericana, apoyada tardía y obligadamente por Inglaterra y Francia, Huerta buscó que el apoyo alemán fuera más decidido, a cambio de un generoso ofrecimiento de tierras petrolíferas. Sin embargo, si el petróleo mexicano no había interesado antes a Alemania, menos le interesó ahora,²¹ porque el gobierno alemán no debía enfrentarse a Estados Unidos y porque Huerta estaba derrumbándose. En vano Alemania buscó que se aceptara un gobierno huertista sin Huerta y con apoyo norteamericano. Finalmente, el triunfo diplo-

¹⁸ Los negocios y las necesidades bélicas son independientes de las afinidades políticas. Así, los constitucionalistas adquirieron armas y pertrechos alemanes mientras les fue posible; por ejemplo, trataron de hacerse del material bélico comprometido con Madero. Cf., AHSRE, LE 748, ff. 166-7; LE 762, exp. 21, f. 1; LE 794, exp. 17, f. 1.

¹⁹ Existen numerosas versiones e interpretaciones del caso de las armas traídas a Huerta en los barcos Ipiranga y Bavaria. Una muy interesante es la del representante en Veracruz de la compañía naviera, quien se mostró sorprendido por la prohibición de descargar las armas en Veracruz al tiempo que se permitía hacerlo en Puerto México. Cf., DHRM, vol. II, doc. 46. La justificación norteamericana aparece en Arthur Link, *La política de Estados Unidos en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 96 y 97.

²⁰ Isidro Fabela asegura que Estados Unidos ofreció disculpas a Alemania por su violenta actitud en el caso Ipiranga. Véase su *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958-1959, vol. II, p. 23.

²¹ Según Katz, Alemania propuso a Huerta que nacionalizara el sistema de transporte del petróleo, prometiéndole adquirir la mitad de las acciones de la nueva empresa. Así, sin desafiar a Estados Unidos pasaría a tener una posición estratégica, pues en caso de necesidad podría dificultar el envío de petróleo mexicano a Inglaterra o Estados Unidos.

mático de mediados de 1913 resultó ser un espejismo. Lo que logró Von Hintze fue que cuando Huerta renunció, ya distanciado de Inglaterra, acudiera a Alemania en busca de ayuda para su huida. Ésta pretendió que Inglaterra asumiera alguna responsabilidad en el asunto, para así dividirse el reclamo de los carrancistas, virtuales dueños del país, pero fracasó. Por otra parte, negarse a ayudar a Huerta implicaría querer complacer, tardía y lacayunamente, a los rebeldes y a Estados Unidos, respectivamente.²²

AMIGOS DE NACIONALISTAS EXALTADOS Y MODERADOS

La caída de Huerta fue desastrosa para Alemania. Quedó en mala relación con los triunfantes carrancistas, quienes desde un principio la habían amenazado con “dificultades inevitables” por su apoyo a Huerta,²³ y no logró provocar mayores conflictos entre México y Estados Unidos, o entre éste e Inglaterra. Para su fortuna, el inicio de los problemas entre las victoriosas facciones rebeldes coincidió con el estallido de la guerra en Europa, lo que le permitió intentar nuevas aventuras diplomáticas a partir de la segunda mitad de 1914. Desde ese momento su objetivo fundamental pasó a ser la provocación de conflictos entre México y Estados Unidos, para evitar que éste ayudara con armas y pertrechos a los Aliados, o para impedir que participara al lado de éstos en la guerra. Otro objetivo fue dificultar la exportación de petróleo a Inglaterra. Es indudable que mundialmente México pasó a ser de absoluta prioridad.

Por sus antecedentes, la primera opción de Alemania para provocar tales conflictos fue Victoriano Huerta, progermano y yancóforo. Había dos posibilidades: convencer a Huerta de que por venganza atacara directamente a Estados Unidos, o ayudarlo a recuperar el poder en México, lo que obligaría a los estadounidenses a intervenir para impedirlo. La sospechosa muerte de éste obligó a Alemania a buscar otro conducto.²⁴ En la segunda mitad de 1915 comenzó su interés por

²² Estados Unidos agradecería subrepticamente la ayuda para la escapatoria de Huerta, pues una vez triunfante Carranza, era a éste al que debían poner balanzas y contrapesos.

²³ DHRM, vol. XIV, doc. 356; AHSRE, LE 777, exp. 3, f. 3.

²⁴ Barbara Tuchmann sentencia que “Alemania lo había sacado de México y Alemania se proponía ahora volverlo allí”. Cf., Tuchmann, *El telegrama Zimmermann*, México, Grijalbo, 1960, pp. 85 y 86. Además de Katz, sobre los contactos postreros entre Huerta y Alemania véase Michael Meyer, *Huerta: A Political Portrait*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972, pp. 213-217.

cuya casa matriz es British American Tobacco Industries PLC (participación inglesa: 31.0%), que opera en la industria del papel y sus derivados, con ventas de 257.2 millones de dólares; Valesul Aluminio S.A., perteneciente a Royal Dutch-Shell (con participación angloholandesa de 47.4%), que realiza metalurgia de aluminio, cuyas ventas tienen un valor de 144.8 millones de dólares, y Polibrasil S.A. Industria e Comércio, también del grupo Royal Dutch-Shell (participación: 47.9%), ubicada en el sector petroquímico, con ventas de 110.9 millones de dólares.²⁸

En las operaciones de conversión de deuda externa en capital, el Reino Unido participó en la conversión realizada por Barclays Bank, que tuvo como empresa receptora a Brasmotor S.A. (Whirlpool), por un monto de 50 millones de dólares, y en la que efectuara el Bank of Scotland, por medio de PCC S.A., por 25 millones de dólares.²⁹

Colombia. En este país los flujos totales de IED también caen bruscamente en 1988, y el *stock* total crece en forma moderada a lo largo de la última década (véase el cuadro 1). La participación del Reino Unido en esos totales disminuyó casi 50% durante 1981, lapso que desagregado anualmente muestra una caída espectacular de los flujos de IED; su participación en el *stock* total de IED aumentó hasta mediados de los ochenta y ha disminuido en forma sostenida desde entonces. Entre las 27 principales empresas con participación mayoritaria de capital extranjero, sólo hay una en el sector industrial de origen británico-holandés: Shell Colombia, que ocupa el decimoquinto lugar. Su casa matriz es Royal Dutch-Shell Group; se dedica a los productos derivados del petróleo y sus ventas en 1988 sumaron 7.4 millones de dólares.³⁰ En el sector bancario y financiero se encuentra el tercer banco comercial más importante del país, el Banco Anglo Colombiano, perteneciente a Lloyds Bank, con una IED de 6.2 millones de dólares.³¹

Ecuador. Los flujos totales de IED disminuyeron de manera abrupta entre 1980 y 1983, y la tendencia a la recuperación que se observa en la segunda mitad de la década no es sostenida. El *stock* (véase el cuadro 1) ha aumentado lentamente. Los flujos de IED provenientes del Reino

²⁸ *Ibid.*, p. 112.

²⁹ *Ibid.*, p. 114.

³⁰ CEPAL, *Directorio sobre inversión extranjera y empresas trasnacionales: caso de Colombia*, Santiago de Chile, CEPAL, documento LC-R, 865-Add.2, 15 de diciembre de 1989, p. 83.

³¹ *Ibid.*, p. 85.

Pancho Villa, aprovechando la confianza que éste tenía al alemán Félix Sommerfeld, antiguo mercenario y, por esos días, negociante, propagandista y espía. En rigor, son tan cuestionables las actividades de Sommerfeld, que no resulta clara su recomendación de involucrar a Villa. En efecto, aunque alemán de nacimiento,²⁵ sus últimos años los había pasado en Estados Unidos y en México, en las más diversas actividades. Así, sus gestiones para que Villa provocara a Estados Unidos pudieron haber sido por encargo de algún gran interés norteamericano en México, como la Waters Pierce Corporation, que buscaba la intervención militar total, o para que, en agradecimiento, Alemania ayudara económicamente a Villa a fin de que pudiera adquirir armas y pertrechos ahora que se dificultaba su obtención en Estados Unidos por el reconocimiento diplomático de Carranza. Éstas eran las únicas posibilidades de Sommerfeld para seguir enriqueciéndose, ya por sus recompensas como espía, ya adquiriendo las armas y pertrechos para Villa. El resultado sería el mismo: provocar la guerra entre México y Estados Unidos.²⁶

Tal parece que Alemania no estuvo involucrada en el ataque villista de principios de 1916 a Columbus, Nuevo México, a pesar de los contactos previos y de lo asegurado en algunos círculos políticos y periodísticos estadounidenses,²⁷ pero es obvio que vio con beneplácito su secuela, la “expedición punitiva”. Recuérdese que para hacer más difícil y prolongada esta campaña, buscó ayudar a Villa con armamento. Es más, hay quien asegura que el ataque de los vecinos de Parral a las fuerzas punitivas fue instigado por el cónsul alemán, quien pretendía complicar más la situación.²⁸ Al darse cuenta de que la expedición no se convertiría en guerra generalizada contra México, Alemania buscó que Villa atacara la región petrolífera, a lo que éste se negó. El rechazo del chihuahuense no era grave, pues a partir de la expedición punitiva y de la posibilidad de una guerra entre Estados Unidos y México

²⁵ Según el inspector de consulados de México en Estados Unidos, Sommerfeld tenía “tipo de alemán”: “es grueso, de cuello corto, ceño constante, porte altanero”. Véase AHSRE, LE 748, f. 481.

²⁶ A principios de octubre de 1915, días antes del reconocimiento de Carranza por el gobierno de Washington, la prensa norteamericana aseguró que Sommerfeld y otros “agentes alemanes” buscaban involucrar a Estados Unidos en un conflicto con México. Es evidente que a Sommerfeld no le convenía que se estabilizara la situación nacional. Véase DHRM, vol. XVI, doc. 711.

²⁷ Un ejemplo de lo segundo puede ser *El Paso Morning Times*, caso significativo, pues era una “fuente bien informada” respecto al villismo. Véase AHSRE, LE 802, exp. 7, f. 43. Para lo primero, DHRM, vol. XII, doc. 68.

²⁸ AHSRE, LE 802, exp. 7.

había surgido una comprensible afinidad entre Alemania y Venustiano Carranza, quien buscó apoyos para enfrentar mejor sus problemas con los norteamericanos.

Alemania había sido mal vista por los carrancistas por su apoyo a Huerta, percepción que dio lugar a numerosos hechos antigermánicos durante la lucha constitucionalista y los meses posteriores al triunfo rebelde. La germanofobia carrancista continuó durante el tiempo en que Alemania fue acusada de ayudar a grupos contrarrevolucionarios²⁹ o a Villa. Sin embargo, los actos carrancistas germanófobos no deben ser vistos como resultado de una decisión política central³⁰ sino, en gran medida, como expresión de problemas locales de naturaleza política o socioeconómica. Así debe considerarse la propuesta de las autoridades de Colima respecto a expulsar al cónsul alemán, Arnoldo Vogel, acusado de ser “insolente”, intrigante, “opresor de las clases humildes” y cómplice de “los elementos reaccionarios que vegetan en el estado”.³¹ De la misma manera deben interpretarse las acusaciones de germanofobia hechas a mediados de 1915 por los finqueros alemanes contra las autoridades carrancistas chiapanecas, quienes alegaron que sólo defendían los derechos de la “colectividad”.³²

El cambio de actitud se dio a partir de marzo de 1916, por los problemas provocados por la expedición punitiva. Consciente de la peligrosidad del país vecino, Carranza buscó un apoyo y contrapeso en Alemania, ya que Inglaterra estaba en buenas relaciones diplomáticas con Estados Unidos y Japón concentraba su atención en China. Por esos días don Venustiano comenzó a cortejar a Alemania: ordenó que la prensa se refiriera a ella amigablemente y protegió los intereses de los alemanes residentes en México. En efecto, a mediados de año el ministro de Italia en México se quejó de la germanofilia de varios periódicos. A diferencia del año anterior, desde el mes de marzo el gobierno

²⁹ A mediados de 1915 fue aprehendido un empleado del consulado alemán en Orizaba, acusado de conspirar contra el gobierno de don Venustiano y de ser partidario del régimen huertista. Significativamente, el interesado era hijo del secretario del gobernador porfirista de Veracruz, Teodoro Dehesa. Véase ASG, PR, c. 100, exp. 26. Meses después, Gonzalo Enrile, quien entre sus muchas filiaciones tenía la de orozcohuertista, partió a Europa con el fin de conseguir apoyo alemán “para interrumpir a todo trance las relaciones existentes entre los Estados Unidos del Norte y México”; véase AHSRE, LE 798, exp. 2, f. 9.

³⁰ A finales de 1915, poco después de logrado el reconocimiento norteamericano, Carranza consideró que “no sería grata” la presencia en el país del agregado militar de la embajada alemana en Washington, Franz von Papen. Véase DHRM, vol. XX, doc. 111.

³¹ ASG, PR, c. 33, exp. 73; c. 100, exp. 48.

³² *Ibid.*, c. 100, exp. 10; c. 142, exp. 74.

mexicano se mostró solícito ante los reclamos diplomáticos de Alemania por los daños y perjuicios sufridos por sus súbditos.³³ Asimismo, si a principios de 1916 habían sido despectivamente rechazados los servicios militares ofrecidos por dos aviadores alemanes, para mediados de año uno de ellos estaba incorporado a las fuerzas del general Eugenio Martínez “como instructor militar”. El cambio de actitud se confirma por el hecho de que para mediados de 1916 Heinrich von Eckardt había pasado de agente especial diplomático a ministro plenipotenciario, llegando a ser uno de los diplomáticos más influyentes ante el gobierno carrancista.³⁴

Sin embargo, puesto que Estados Unidos aún no participaba en forma directa en la contienda europea, Alemania no podía apoyar abiertamente a Carranza en su contra, so pena de obligar a Estados Unidos a participar en la guerra antes de cuando lo hizo. Finalmente esto sucedió a principios de 1917. A partir de entonces se hizo inútil cualquier prudencia y Alemania pudo acudir a estratagemas extremas: el telegrama Zimmermann es, con justicia, mitad historia y mitad leyenda. Como quiera que haya sido, significó un cambio radical en las relaciones diplomáticas entre México y Alemania. No cabe duda que cualquier intento de periodización diferenciaría las relaciones habidas entre 1910 y 1916 de las tenidas en 1917 y 1918, aunque los objetivos de los países involucrados siguieran siendo los mismos: Alemania pretendía, ahora con suma urgencia, provocar conflictos a Estados Unidos en su frontera, mientras que éste buscaba, a toda costa, que no surgieran tales problemas. Carranza buscó usar a Alemania para contrarrestar la influencia norteamericana o para forzar a Estados Unidos a ser más generoso con México,³⁵ sabia política que nunca debe faltar en la política exterior nacional.

³³ La germanofobia popular no correspondía a “razones de Estado”. En abril de 1916 fue ocupada una hacienda propiedad de alemanes en el departamento de Mariscal, estado de Chiapas. Cf., *ibid.*, c. 6, exp. 7.

³⁴ *Ibid.*, c. 4, exps. 52, 56-70; c. 5, exp. 34; c. 6, exp. 7; c. 85, exp. 59; AHSRE, LE 798, exp. 1, ff. 1, 6, 9; LE 800, exp. 10, ff. 1, 3 y 4, 7, 10; LE 802, exp. 7.

³⁵ Además de las obras mencionadas de Katz y Tuchmann, la política exterior de México durante la Primera Guerra Mundial ha sido estudiada por Esperanza Durán, *Guerra y Revolución: las grandes potencias y México. 1914-1918*, México, El Colegio de México, 1985; Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana, 1900-1950*, México, El Colegio de México, 1991; Bertha Ulloa, *México y el Mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, México, Senado de la República, 1991, vol. v, *La lucha revolucionaria*.

COMENTARIO

En los últimos tiempos, en la historiografía sobre México el estudio en torno a los extranjeros ha ido cobrando interés y reclamando espacio; esta significación del tema ha llevado a que los investigadores lo aborden desde muy diversas perspectivas en su intento por resolver las interrogantes que de él se desprenden. En ocasiones se analizan las características y los comportamientos sociales de las diversas colonias establecidas en nuestro país; en otras, los sentimientos xenófobos o sus contrarios —los de simpatía— en los mexicanos. También es necesario reconocer que hay una referencia a esta temática, un poco más constante a través del tiempo que las anteriores, cuando se estudian las relaciones diplomáticas de México con otros países, si bien estos trabajos inciden preferentemente en el análisis de las que se establecen con Estados Unidos y las grandes potencias.

Asimismo, cabe hacer hincapié en el hecho de que al convertir a los forasteros en objeto de estudio, dos periodos históricos han adquirido importancia particular: el Porfiriato y la Revolución. El primero, porque fue un periodo en el que se abrieron las puertas a la inmigración extranjera al considerársela un factor importante para el desarrollo de la economía nacional que vendría a contribuir con otros elementos más —tales como la entrada sin cortapisas del capital extranjero, la construcción de vías férreas, la expansión del telégrafo y la electrificación— a lograr el progreso que le permitiría a México entrar en el concierto de las naciones “civilizadas”. Es decir, el periodo cobra importancia en relación con el tema porque fue una etapa en la que el gobierno mexicano otorgó toda clase de privilegios a los extranjeros y promovió una atmósfera favorable a todas las ideas y modas que venían de fuera, en especial si éstas eran oriundas de Europa y de Francia en particular.

Si bien la política colonizadora del régimen porfiriano resultó un fracaso y el número de inmigrantes no creció en la medida en que se esperaba, sí puede apreciarse en cambio que en ese tiempo se establecieron diversas colonias de extranjeros, entendiéndolas como conglomerados de individuos de una misma nacionalidad estrechamente vinculados entre sí por diversos intereses; y aunque es preciso reconocer que éstos fueron varios —culturales, de parentesco, étnicos, etc.— también es necesario aceptar que quizá los económicos fueron los que ocuparon el primer plano. Los extranjeros se unían tanto para realizar negocios como para proteger esos intereses que les eran comunes, y también para brindarse alguna ayuda o dispensársela a los más desprotegidos de sus paisanos.

Precisamente por estas prerrogativas graciosamente otorgadas a los forasteros, su estudio tiene importancia para el siguiente periodo histórico, el que corresponde a la Revolución. Resulta necesario saber qué ocurrió con ellos, ya que se presume que los revolucionarios se ocuparon de destruir esas prerrogativas a fin de resolver la desigualdad social que había provocado esta actitud tan liberal del régimen anterior; suposición que por otra parte, y dicho sea de paso, no ha sido confirmada de manera irrecusable. Para ser más precisos, este hecho abre la discusión relativa al carácter nacionalista de la Revolución, así como la polémica que intenta dilucidar si el proceso revolucionario puede definirse o no como xenófobo, puesto que ambas cuestiones están íntimamente ligadas.

Por desgracia, como ocurre con numerosos temas de nuestra historia, no hay suficientes estudios monográficos que se refieran a esta cuestión en un periodo amplio de tiempo. En alguna parte aparece un libro que estudia ciertos años; en otra, surge una investigación que analiza otros; alguien se ocupa de los chinos, otro de los españoles y todavía otro de las relaciones diplomáticas de México con algún país en determinada época, pero salvo escasas excepciones, no se logra integrar una visión más o menos completa o acabada de los problemas principales que explique cabalmente el proceso histórico de esta cuestión, sólo se tienen escasos acercamientos particulares, que ofrecen explicaciones parciales si bien relevantes. Todavía falta mucho trabajo de investigación, tal vez de un grupo de personas, que dé cuenta, sobre bases sólidas, de las relaciones entre México y Alemania a lo largo del siglo XX y de la presencia de los alemanes en nuestro país.

Para el tema general que nos ocupa, el de los extranjeros, vale la pena puntualizar que algunos trabajos lo han abordado separando drásticamente los dos periodos mencionados —el Porfiriato y la Revolución— como si el rompimiento entre éstos hubiera sido total, como si lo que ocurrió en una época no hubiera tenido continuidad en la otra. Actualmente se intenta establecer cuáles son las relaciones entre esos dos periodos y cuáles los puntos de ruptura, y analizar el Porfiriato como antecedente obligado de la Revolución. Sin embargo, tal vez lo más adecuado sería partir del momento mismo del triunfo de la República en 1867, como lo hace Javier Garciadiego para el análisis de los alemanes, pues es una fecha que establece un hito en la política exterior mexicana. Que Benito Juárez, ya vencedor, declarara el 8 de diciembre de ese mismo año que los propios gobiernos de Inglaterra, Francia y España eran quienes habían roto los tratados vigentes con el gobierno mexicano al reconocer al Imperio, y que instituyera la práctica, respetada por Sebastián Lerdo de Tejada e incluso por Porfi-

rio Díaz, de no tomar la iniciativa para establecer vínculos diplomáticos con ninguna nación y sólo responder a las solicitudes que otros países le presentaran, fueron acciones que aislaron a México de Europa, o más precisamente de los países con los que había roto relaciones, y lo acercaron a los gobiernos y empresarios de Estados Unidos y de otros países que, como Alemania, estaban deseosos de adquirir importancia internacional y de ganar mercados para sus crecientes industrias.

El territorio mexicano no fue para los alemanes, como tampoco para hombres de otras latitudes, el lugar preferido de los inmigrantes. Por el contrario, al igual que los españoles, aquéllos prefirieron los países del extremo sur de nuestra América o Estados Unidos, como los chinos. Así que, cuando hablamos de extranjeros, no debemos perder de vista que éstos representan cifras bastante reducidas, aun cuando su presencia puede considerarse significativa para los mexicanos por los intereses económicos que representaban y por la influencia social y la fuerza política que llegaron a adquirir. De acuerdo con el doctor Moisés González Navarro, de 116 527 forasteros que había en el territorio nacional en 1910, 3 825 eran alemanes.¹ Los extranjeros constituían apenas 0.76% del total de la población y los oriundos de Alemania, tan sólo 0.024 por ciento. Es más, la colonia germana residente en México no era de las más cuantiosas, la mayoritaria era la española con 40 000 miembros; sin embargo, el estudio de aquélla es indispensable por su peso económico y social.

Mucho se ha avanzado en el estudio de los extranjeros en México, si bien creemos que no lo suficiente. Desde luego, estamos en espera del voluminoso y, sin duda alguna, importante trabajo que González Navarro acaba de concluir (a fines de 1991) sobre extranjeros en México y mexicanos en el extranjero. En particular, respecto a los alemanes en el siglo XX se tiene bastante información, como lo señala Garciadiego en su ponencia. Muy importantes han sido los aportes de Friedrich Katz,² quien, como hizo notar Garciadiego, es el historiador clásico, el punto de partida ineludible para introducirse en la materia. También son relevantes los trabajos de Esperanza Durán,³ los de Jesús Monjarás-Ruiz,⁴ y los de carácter colectivo encabezados por

¹ Moisés González Navarro, "Vida social", en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia moderna de México. El porfiriato*, México, Hermes, 1973, p. 183.

² Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Era, 1982, 2 vols.

³ Durán, *Guerra y revolución. Las grandes potencias y México, 1914-1918*, *op. cit.*

⁴ Jesús Monjarás-Ruiz, *Los primeros días de la Revolución. Testimonios periodísticos alemanes*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975 (Sep-Setentas, 220); *Del estallido de la Revolución al asesinato de Madero. Una versión periodística alemana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988 (Colección popular, 369).

Brígida von Mentz,⁵ pero creemos que todavía pueden obtenerse mayores avances, tanto en lo relativo a una mayor información como respecto al planteamiento de nuevas preguntas o al abordaje de problemas diferentes.

Ya Katz estudió a fondo y destacó el notable papel que desempeñó el proceso revolucionario mexicano durante la Gran Guerra, no sólo para el gobierno y los grupos de poder de Alemania sino también para los de las otras naciones que participaron en el conflicto bélico. Este autor y Esperanza Durán se han esforzado por delimitar las relaciones diplomáticas de México con las grandes potencias mundiales, incluida Alemania, y también han procurado precisar cuáles eran los intereses económicos de todas ellas durante los años del Porfiriato y la Revolución. Este último punto, los intereses económicos, también fue una preocupación para Von Mentz y su equipo, si bien lo desarrollaron para un lapso más amplio, y lo redujeron sólo al caso alemán e insidieron más en la perspectiva nacional que en la internacional.

Precisamente en el punto de vista interno es donde suponemos que todavía se puede abundar más. Son varios y muy diversos los planos que pueden estudiarse sobre el tema, ya sea cada uno de ellos por separado o estrechamente vinculados entre sí. Aunque ya se ha hecho referencia a algunos de estos asuntos particulares, volveremos a enumerarlos: uno es el que se refiere a la cuestión formal de las relaciones diplomáticas entre México y Alemania para otros periodos no estudiados; otro es el relativo a los intereses económicos alemanes en nuestro país, también en otras épocas si se aceptan las conclusiones de los autores que han dado a conocer sus investigaciones; otro más relacionado con el papel que representó México en los proyectos más amplios de Alemania por alcanzar una posición internacional de primer orden. Sin duda alguna, el estudio detallado de la colonia alemana y la actividad de las empresas y negocios alemanes resultaría de gran importancia para la comprensión de nuestra propia historia, lo mismo que la interrelación entre ambos temas y los sucesos mexicanos, y su influencia en la vida política de México, ya que ha podido observarse que la presencia económica de Alemania no disminuyó durante la Revolución ni después, si acaso más bien se ha comprobado que fue la Gran Guerra el suceso que afectó la labor comercial que los alemanes desempeñaban en el territorio mexicano.

⁵ Brígida von Mentz, Ricardo Pérez Montfort, Verena Radkau y Daniela Spenser, *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, México, Secretaría de Educación Pública (Colección Miguel Othón de Mendizábal, 11 y 12), 1988, 2 vols.

Insistimos en que estas apreciaciones se formulan sin dejar de reconocer que algunos puntos ya se trabajaron para ciertos momentos históricos en particular, pero queremos subrayar que los resultados que tenemos a la vista no ofrecen la posibilidad de obtener una visión de conjunto sobre estos problemas diferentes, aunque pudiera suceder que para alguno sí se lograra, y reafirmamos que aun las cuestiones ya trabajadas pueden volver a abordarse bajo nuevas interrogantes.

Así, por ejemplo, parecería que la precisión y el acuerdo que existen entre los diferentes autores respecto a las características y cantidades, cuando menos relativas, de las inversiones alemanas durante el Porfiriato no admiten ninguna otra interpretación. Sabemos que los 75 o 100 millones de pesos invertidos por los alemanes en nuestro país pocos obstáculos y resistencia podían oponer a los 1 000 millones o más que invirtieron los estadounidenses, o a los 600 millones provenientes de Gran Bretaña o a los 300 millones franceses; y también sabemos que este dinero que venía de Alemania tenía como destino el comercio o la banca, y que los alemanes se dedicaron a importar productos germanos más que a exportar los mexicanos. Sin embargo, incluso en este caso se plantean interrogantes que exigen, quizá, ponderaciones diferentes a las rigurosamente numéricas. Tal es el caso del papel de Alemania como prestamista, pues en dos ocasiones, en 1888 y 1890, la banca alemana otorgó préstamos al gobierno mexicano, y lo volvió a hacer en 1904, pero ya al lado de los banqueros estadounidenses. Nuevas ponderaciones que también reclaman las dudas que surgen respecto de los montos y destinos de las inversiones alemanas en algunos de los casos referidos por Brígida von Mentz, casos en los que es posible percibir que uno es el monto declarado por una empresa al constituirse y otro muy distinto el que interviene en sus operaciones, ejemplo de esto fue el caso del negocio de importaciones establecido en Monterrey por el conde Holck, quien al escriturar declaró una inversión de \$50 000, pero llegó a operar \$2 900 000.

El mismo ejemplo nos permitiría observar que lo que inicialmente constituía un negocio mercantil particular, en la práctica resultaba sólo el punto de partida para invertir en muy diferentes rubros, tal y como ocurrió en el caso de los españoles, que primero se hacían de un capital en el comercio de abarrotes y luego invertían en fábricas, minas, haciendas, bancos, etcétera. De igual manera, también Holck extendió el campo de sus operaciones e invirtió en ferrocarriles y en una fábrica de jabón.

Esta situación se repitió en otras empresas germanas; la ferretería Sommer-Herrmann, por ejemplo, tenía sucursales en varias ciudades del país, además de plantaciones de algodón en La Laguna. Podríamos seguir ofreciendo otros ejemplos, pero lo que ya se ha señalado nos per-

mite afirmar que un estudio más detenido nos podría llevar, tal vez, a revisar el monto de las inversiones o el destino de éstas, pero aún más importante, nos permitiría calibrar de una manera diferente el peso económico de los alemanes en México y analizar con detalle los vínculos e influencia de la colonia alemana en la sociedad mexicana, asunto todavía no estudiado.

En este sentido, me parece que el trabajo de Javier Garciadiego, aunque es el resultado de un primer contacto con el tema que nos ocupa —lo cual acrecienta su mérito— es notable precisamente por la manera en que trata ciertos puntos. Las preguntas que este historiador se plantea nos permiten acercarnos al tema —para el primer tramo del periodo revolucionario— desde una perspectiva novedosa: a partir de la política mexicana, pero haciendo hincapié en la historia comparativa, si bien sobre lo que a esta última se refiere se tendría que abundar todavía más. Pero tal vez tendríamos que ser aún más específicos; las preguntas que Garciadiego se formula sobre asuntos aparentemente ya estudiados aclaran y delimitan con mayor precisión la trama de los sucesos, descubren nuevas inquietudes, abren resquicios para ahondar y enriquecer las explicaciones, y ofrecen un punto de vista mexicano sobre el problema. Lo cual viene a demostrar, una vez más, lo que todos sabemos: que la imaginación desempeña un papel importante en la investigación histórica: imaginación para percibir y proponer problemas, imaginación para sugerir las preguntas adecuadas, imaginación para renovar el conocimiento de nuestro pasado.

En resumen, las sugerencias que nos ofrece Garciadiego hacen posible que nos aproximemos con más acierto a la comprensión de los problemas sociales derivados de la convivencia obligada de una minoría privilegiada de alemanes y una mayoría desprotegida de mexicanos durante los años del Porfiriato y la Revolución. Pero sobre todo nos permiten conocer un punto de vista mexicano sobre esta cuestión, que podremos confrontar con el de las perspectivas extranjeras más conocidas y así poder definir, con más elementos y mayor claridad, una visión mexicana de la propia historia de México.

JOSEFINA MACGREGOR